

SENTIDO ATEMPORAL DEL TIEMPO

“Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos.”

Eternidad, eternidad y tiempo. Mas para nosotros, tiempo y eternidad; historia y escatología. Porque “[e]n el principio, existía la Palabra, (...) estaba junto a Dios, y (...) era Dios. (...) Todo se hizo por ella (...) [,] luz verdadera que ilumina a todo hombre, (...) pero el mundo no la conoció. Vino a los suyos, mas (...) no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre”¹.

Dios es eterno y es la eternidad (S.Th.1,10,2c ad 3)², y la eternidad, verdadera y propiamente, sólo es de Dios; mas participativamente, lo es también de diversa manera y de distintas cosas (ib. 2 y 3), pero nada, excepto Dios, existe “desde la eternidad”. Pues el ser propiamente compete a Dios (1,13,11). Y todo lo que hay en cualquier criatura de entidad, de bondad y de perfección, todo está en grado eminente en Dios (1,4,2; 6,1 ad 2 y 2.3.4c; 9,1c; 11,3c; 12,2c; 13.2.3.4.5c; 14,6,11c; 25,1c ad 3 y 3c; 26,1c ad 1 y 4; 28,2 ad 3; 29,3c; 49,3c; 75,1 ad 5; 91,1c). La esencia divina es acto puro; la angélica, en cambio, es inteligible en acto, y nuestro entendimiento lo es en potencia solamente (1,25,1c; 87,1c ad 2). En consecuencia, el conocimiento de Dios por la esencia es natural solamente a Dios, a los ángeles, por semejanza, y a nosotros, por un reflejo, es decir, por la especie de los demás entes (1,56,3; 62,4c; 3,9,4c); de manera que la existencia de Dios se puede demostrar de diversos modos (1,2,3); mas sólo por sus efectos, es decir, a posteriori (ib. 1c y 2).

Conocemos por observación y reflexión que el universo se conforma de gran multitud de grupos de galaxias, cada uno conteniendo desde pocas docenas a millares de galaxias individuales, y cada galaxia, por su parte, desde miles de millones a billones de estrellas. Multitudes completas que parecen distanciarse unas de otras, teniendo en consideración la índole lumínica que nos transmiten, de modo que, vislumbrando hacia atrás en el tiempo³, exhiben un derrotero de recíproca aproximación hacia una suerte de bola de materia incandescente extremadamente densa, que debió haber tenido ocasión hace quince mil millones de años, estallado entonces y, al parecer, dando de tal manera origen al universo en expansión que ahora existe⁴. Un *principio* que es entendido por *San Basilio* como el principio

¹ Cf. Jn 1, 1-5; 9-12.

² A partir de aquí, las citas entre paréntesis y sin referencia adicional a meros números y letras corresponden a la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino.

³ Cfr. Isaac Asimov, “Cronología del Mundo; La historia del mundo desde el Big Bang a los tiempos modernos”, Traducción del original: “Asimov’s Chronology of the World”, por Vicente Villacampa, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1992, Impreso en Colombia por Printer Colombiana S.A.

⁴ Este origen del universo, como un volumen de materia relativamente reducido que estalló, lo propuso por vez primera en 1927 el astrónomo belga *Georges Henri Lemaitre* (1894-1966). La explosión fue denominada *big bang* en 1948 por el físico ruso-americano *Geroe Gamow* (1904-1968). Casi todos los astrónomos aceptan en principio el *big bang*, pero el tiempo

del tiempo (1,46,3c), según fue también revelado: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra. (...) [La] oscuridad cubría el abismo, y (...) [dijo Dios: “Haya luz” (...)]»⁵.

Ahora bien, comprendemos que todo lo que es movido es movido por otro. Pero no se da un proceso infinito en los motores y en los móviles (1-2,3c; 51,3 ad 3), ya que es necesario que exista algún motor absolutamente inmóvil (1,2,3c; 9,1; 75,1 ad 1); pues el movimiento siempre procede de lo inmóvil, y termina en algo que está en reposo (1,79,8c; 82,1c; 84,1 ad 3; 115,3c). Y el tiempo, a su vez, no mide sino las cosas que tienen el principio y fin de su ser en el tiempo; siendo los movimientos del cielo en sus rotaciones de esta clase (1,10,4c). Y en consecuencia, el ser de las cosas corruptibles no se mide por la eternidad, sino por el tiempo (1,10,4 ad 3; 1-2,31,2c). Por eso se dice que el tiempo es la medida del movimiento del firmamento en cuanto que éste es el primero de los movimientos (1,10,4 ad 3). Y si el movimiento es la alteración del móvil según diversos lugares, el tiempo es el correr del mismo *ahora* en cuanto alternado por la razón (1,10,4 ad 2); de suerte que la continuidad sobreviene al tiempo por razón del movimiento (1,53,3; 61,2 ad 2; 63,6 ad 4; 85,4 ad 1; 1-2,113,7 ad 5).

Transcurridos, pues, aproximadamente 10.000 millones de años desde su nacimiento, el universo contaba ya con multitudes de galaxias, fusionadas por una enorme energía que tornaba el centro de la nebulosa en una masa material intensamente incandescente, de la cual naciera nuestro humilde sol. Y en la periferia de la nube, multitudes de cuerpos menores - cuyos centros no tenían tanto calor ni compresión para producir fusión nuclear-, tenían sus superficies más frías y se convirtieron en los planetas; entre los que nació, hace 4.600 millones de años, la *Tierra*, enrolada en el tercer lugar a partir del Sol. Y en ella, de privilegiadas propiedades astronómicas, hubo vida compleja, al punto que aparecieron los primeros primates, hace 100-70 millones de años⁶; los póngidos, hace 30-17 millones de años; los Homínidos, hace 17-5 millones de años; y los humanos actuales, hace 200.000-50.000 años.

Se despliega el cosmos y Dios mueve en cuanto deseado y percibido; no siendo sin embargo necesario que sea deseado y percibido por lo movido, basta que lo sea por Sí mismo (1,105,2 ad 2). Y dijo en su Misericordia: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como

real sólo se conoce aproximadamente. Digamos simplemente que el universo parece haber nacido hace 15.000 millones de años en virtud del funcionamiento de la ley natural. Cfr. Isaac Asimov, *ibíd.*

⁵ Cf. Gn 1, 1-3.

⁶ No se comprende aún exactamente cómo fueron las etapas del proceso de conversión de las moléculas simples en las moléculas más complejas de la vida. Lo que sí se sabe -independientemente de los factores actuantes- es que la vida existe en la Tierra desde hace por lo menos 3.500 millones de años, siendo por entonces dominantes los “estromatolitos”, colonias bacterianas rocosas que proveyeron de oxígeno al planeta.

semejanza nuestra (...)»⁷. Y así, con los humanos comienza el arte, hace 25.000-20.000 años; y entre los 4.000-3.500 años a. J.C. se inventan la rueda, el remo y el arado; y entre los 3.500-3.000 años a. J.C., a la par que se van formando naciones, comienza la escritura y la historiografía o *historia*. Y qué es esta *historia*, sino una memorable sucesión temporal de actividades humanas; sobre cuyo *fin* los pensadores de diversos pueblos especularan a su turno, conforme a sus creencias y doctrinas varias, acerca de la vida de ultratumba y de las postrimerías; las mismas que fueron referidas desde el punto de vista teológico católico a la suerte del hombre en el más allá, comprensiva del juicio individual, con su premio o castigo, del fin del mundo, de la resurrección de los muertos y del juicio final⁸; tal como fue manifestado desde uno de los textos importantes del *Antiguo Testamento* sobre la resurrección de la carne: “En aquel tiempo surgirá Miguel, el gran Príncipe que se ocupa de tu pueblo. Serán tiempos difíciles como no los habrá habido desde que existen las naciones hasta ese momento. Entonces se salvará tu pueblo, todos los inscriptos en el libro. Muchos de los que descansan en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para la vergüenza y horror eternos. Los maestros brillarán como el resplandor del firmamento, y los que enseñaron a muchos a ser justos, como las estrellas para siempre.”⁹.

Ciertamente, cuando un pasado cultural luminoso ha dejado profundas e indelebles huellas en nuestro entorno, es ya casi un presente en nosotros; si bien exige todavía, para nuestra propia ilustración y proyección al porvenir, una cabal conciencia de él. Y entonces conviene destacar cómo la realidad histórica que podríamos efectivamente contemplar, con beneficio para nuestra comprensión cósmica, social y personal, que empero dejamos habitualmente pasar sin reflexión alguna, distrayéndonos de lo importante por motivaciones meramente urgentes, y de la luz, por algún brillo pasajero, cobraría mayor sentido si atináramos a observarla, algunas veces, al menos, conforme a su relativa permanencia temporal y espacial en el curso universal.

Es que todo cuanto se mueve adquiere algo en su movimiento y puede llegar a tener lo que antes no tenía (1,9,1c). «Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, “a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo, esté al servicio de los justos”, participando en su glorificación de Jesucristo resucitado (*San Ireneo de Lyon, Adversus haereses*, 5,32,1).»¹⁰. No obstante, «“Ignoramos el

⁷ Cf. Gn 1, 26.

⁸ Cf. Diccionario Enciclopédico Espasa, Espasa Calpe SA; Tomo 10; Madrid, 1992; Voz: Escatología: *Escato-*: del gr. *Éschatos*: Pref. que significa último; y *-logía*: del gr. *-logía*: estudio.

⁹ Cf. Dn 12, 1-4.

¹⁰ Cf. CIC: 1047.

momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Mas ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, y se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 39,1).»¹¹.

Con tal perspectiva, no sólo nuestros problemas, sino también las motivaciones más profundas y su consecución tan ansiada, así como los acontecimientos culturales *relevantes* se advertirían tanto menos importantes para la humanidad y para cada uno en sí mismo considerado, cuanto mayor fuera la cabal concepción de su auténtica trascendencia cultural e histórica, y en definitiva, su modesto aporte al acervo intelectual, moral y trascendente de la humanidad, considerada *in genere*. Así, «en cuanto al *cosmos*, la Revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y del hombre: “Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción... Porque sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (Rm 8, 19-23).»¹².

Resulta entonces insoslayable, al contemplar nuestro entorno social, que la concepción del hombre concreto, con sus creencias, pensamientos, sentimientos, costumbres y con su cultura toda, es raíz profunda y como arquetipo de la concepción socio-política de la *Ciudad Terrena* -como también de sus leyes y derecho- que integre con otros semejantes, al tejer su propia idiosincrasia; que en el hombre y cultura actuales no se ha forjado, claro está, con este siglo, ni aún con los próximos pasados, sino que reconoce antecedentes indelebles en tiempos más remotos y decisivos; tanto que cabría considerar cómo las costumbres y leyes *antiguas* proporcionadas a la naturaleza humana no sólo eran causa ejemplar de la conducta de aquellas sociedades -todos sociales prácticos-, como se evidenciara, v. gr., en lo mejor de ellas, en las precursoras ciudades de Jerusalén, Atenas y Roma -políticamente organizadas desde antiguo-, sino que, en esencia, siguen siéndolo actualmente; a diferencia, en cambio, de idiosincrasias desproporcionadas a *lo humano*, que no obstante su formal apariencia, resultaran ser sólo pseudo causas ejemplares, en tanto no se conformaran a la naturaleza racional, sino que sólo prescribieran en definitiva un despliegue operativo defectivo respecto del bien común¹³. De lo

¹¹ Cf. CIC: 1048.

¹² Cfr. CIC: 1046.

¹³ En efecto, no toda regla de conducta es “ley”, aunque persuada de su obligatoriedad, ya que, más allá de las auténticas “costumbres”, proporcionadas aquí y ahora, conforme a una recta razón ilustrada por los primeros principios prácticos, se

cual puede advertirse también, al observar con reflexión los tiempos, que el criterio de apreciación de los sucesos y su virtualidad aquí y ahora, diferirá en mucho respecto de quien, según los prejuicios de la mera moda, aún de tipo intelectual, pretenda comprender las auténticas presencias y distancias culturales de las instituciones basales de nuestra actual idiosincrasia con las pretéritas, de quien advierta, despejados los prejuicios de ocasión, los trazos profundos e indelebles de las leyes cósmicas, y de las inherentes a la racionalidad humana y a su adecuado despliegue operativo. Por tanto, no desatendamos la modestísima semblanza de nuestro movimiento a través de las coordenadas espacio-temporales y, a su turno, la implicancia original y consecuente de algunos momentos históricos destacados. Pues ello contribuirá a nuestra mejor comprensión del mundo, de la vida, de la historia humana, y de su sentido profundo para cada hombre en particular y para la humanidad entera, y alentará, en congruencia, si admitimos un sentido perfectivo de la historia, inquirir a la postre sobre la ubicación y duración de lo que se ha dado en llamar “la plenitud de los tiempos” en orden a la *Ciudad Eterna*.

Mas, si todo el ser del tiempo es un hacerse, por lo que no es medido por otro tiempo (1,66,4 ad 5); y por eso empieza en el principio como principio, no como medida (ib.); entonces, ¿cómo hablar de *plenitud* en él? Porque si el tiempo es *accidente*, en tanto no puede seriamente sostenerse que sea *sustancia*, ha de definirse por su causalidad final. Y en tanto el tiempo -la *temporalidad*- ha tenido un principio extrínseco de sí mismo, necesariamente ha de tener también un fin que lo exceda, que obviamente no podría ser *tiempo*, sino su negación. Y sabemos además que el movimiento, para ser tal, ha de ser causado por un motor eficiente y, sobre todo por una causa fin. Por lo cual, ¿es admisible que el tiempo sea un sin sentido? O aun, ¿es el tiempo como una *flecha* sin más dirección que un antes y un después, un fugaz presente entre pasado y futuro? Es decir, ¿tiene el tiempo un sentido meramente temporal, o, más bien, para nosotros, seres humanos, ápices del cosmos y cada uno *microcosmos*, acaso no tiene un sentido *atemporal*?

Porque si el movimiento es alteración del móvil según diversos lugares; y el tiempo es correr del mismo *ahora* en cuanto alternado por la razón (1,10,4 ad 2), ¿qué incidencia tiene la mente en la temporalidad? Pues si nuestra parte sensitiva está sometida al tiempo, y por eso es inmutada según su curso, nuestra parte intelectual, en cambio, está de suyo sobre el tiempo (1-2,35,3 ad 3); de suerte que a nuestro entendimiento sobreviene el tiempo por razón de los

advierte claramente, al recapacitar un instante acerca de lo que suele efectivamente llamarse “moda”, que no se trata más que de una pseudo causa ejemplar, al ostentar por bien, en lugar de la virtud, un mero –cuando no falso- prestigio, como pretendido reflejo de un estado de vida distinguido, sin consustanciarse siquiera con la auténtica forma humana y su causa fin perfecta.

fantasmas, en cuanto a la segunda operación, no en cuanto a la primera (1,85,5 ad 2; 1-2,113,7 ad 1).

Y ciertamente, no siendo *cronos* un *dios*, como algunos creyeran, sino algo creado, ¿cómo gravita en definitiva sobre nuestra esencia racional y personal?; ¿qué sentido o significado tiene para nosotros, espíritu-corpóreos, el *tiempo*; qué finalidad o razón de ser, la temporalidad? Pues, en sí mismo considerado, el tiempo es sólo eso, *tiempo*, un transcurrir del ahora desde un antes a un después; y aunque tenido por *dios* inmemorial, sólo es *creatura* con finalidad específica predeterminada. Y entonces, ¿será demasiado decir que su cometido sea proporcionar curso continente al *microcosmos* humano, hasta su consumación? Pues, ¿acaso un sendero que, v. gr., no salga *del bosque*, puede seriamente ser reputado *camino*? ¿Puede un sendero sin sentido final llamarse *curso*? ¿Es por casualidad el tiempo una senda que se agota en sí misma, sin llegar a ser camino; como algo presuntamente arrojado por una fuerza bruta sin fin alguno? ¿O es en algún *sentido* como un curso de agua por el cual viajamos con nuestros semejantes y las cosas todas del mundo, a la vez definitivo respecto de nuestro particular comienzo y fin natural? Porque, en suma, ¿acaso ha sido el hombre creado para el tiempo, o más bien es el tiempo, el que ha sido creado para el hombre? Y entonces, ¿tiene el tiempo un sentido meramente *temporal*, o debe consumarse, *extinguirse*, para que todos y cada uno de nosotros entremos al fin por la *puerta eviterna*? Pues, desde la perspectiva de una antropología integral, adecuada a lo real, se advierte que si bien el hombre es uno de los seres de que se compone el universo, sintetiza en sí los diversos órdenes existentes, o jerarquía ontológica toda, la cual en cierto sentido consume o lleva a su plenitud. Un ser que además se trata, desde la *formalidad teológica*¹⁴, de un privilegiado *análogo de Dios*, dotado de actividad vital y eficacia causal proporcionada a su modo de ser inteligente, personal, y conducido –si se presta a ello– por la divina providencia, hacia el fin que le es propio, esto es, su perfección personal –individual y socialmente considerada–, en la amistad definitiva y eviterna con Dios, en la *Ciudad Eterna*, con su Creador y Sumo Bien.

La eternidad y el tiempo no son medidas del mismo género (1,10,4 ad 1). En el tiempo una cosa es lo indivisible: el instante, y otra lo duradero: el mismo tiempo. Pero en la eternidad se identifican lo indivisible y lo que permanece siempre (1,42,2 ad 4). La eternidad permanece la misma en sí y en el entendimiento, y por eso no es lo mismo que el *ahora* del tiempo (1,10,4 ad 2). La eternidad es la medida de toda duración (1,10,6c). La eternidad

¹⁴ Suele considerarse la concepción cristiana del hombre como un caracterizado *espiritualismo*. No obstante, históricamente, sucedió que talentos como *San Buenaventura*, *Santo Tomás de Aquino*, *Duns Escoto*, *San Francisco de Asís*, y tantos otros, resultaron ser hombres que respetaron la materia –el cuerpo–, celebraron su dignidad, y nunca quisieron separar su destino del propio del alma humana. Cfr. *Etienne Gilson*; “El Espíritu de la Filosofía Medieval”; Rialp, S.A., Madrid, 10.02.1981.

excluye el principio de duración (1,42,2 ad 2). La eternidad existe toda a la vez, lo cual no compete al tiempo, porque la eternidad es la medida del ser permanente, y el tiempo lo es del movimiento (1,10,4c ad 3 y 5c). Y para definirla del modo más significativo, la Eternidad es la posesión total, simultánea y perfecta de una vida interminable (1,10,1). Mas en cuanto a nosotros concierne, contamos en nuestro haber con un principio en el tiempo, circunstancia que inexorablemente perfila también nuestro fin temporal, con la muerte, que no ha sido creada por Dios, sino por nuestro pecado. Empero, cual seres racionales, personales, reflexivos, podemos comprender que nuestra alma espiritual no puede -ni debe- sucumbir con nuestro cuerpo, sino que la separación mortal de nuestro cuerpo corruptible obrará en nuestra vida una transición de nuestra *forma sustancial* espiritual hacia una *duración* diversa del tiempo; esto es, el *evo*, que ocupa una posición media entre el tiempo y la eternidad; porque el tiempo tiene antes y después, es decir, mide las cosas mudables, lo cual no es propio del *evo* en sí mismo, aunque puedan juntársele; mientras la eternidad no tiene ni antes ni después, ni es compatible con ellos (1,10,5).

Una transición sobre la cual *San Agustín*, después de haber reflexionado muy detenidamente acerca de la creación del hombre a imagen de la Trinidad¹⁵, fija su atención en un destino eterno, que no es otro que la suprema felicidad de la contemplación y del amor uno y trino: «Cuando, empero, llegue la visión facial prometida (cf. 1Co 13,12), veremos la Trinidad incorpórea, sumamente indivisible y verdaderamente inmutable, y la veremos con mayor claridad y certeza que ahora vemos su imagen, que somos nosotros; los que ven en este espejo y en este enigma –según es concedido ver en la vida presente- no son los que contemplan en su mente cuanto hemos recomendado y discutido, sino los que la ven como una imagen y todo lo que ven lo relacionan con aquel cuya imagen son, y a través de esta su imagen que contemplando intuyen, ven por conjeturas a Dios, porque aún no le pueden ver cara a cara. Pues no dice el Apóstol: “Vemos ahora en espejo”, sino *Vemos ahora como por un espejo* (1 Co 13,12)»¹⁶.

Cristo, imagen de Dios en la primera creación (Col 1,15+; ver Hb 1,3), por una nueva creación (2 Co 5,17+), ha venido a restituir a la humanidad caída el esplendor de esa imagen divina que el pecado había empañado (Gn 1, 26+3,22-24+; Rm 5,12+). Y lo hace imprimiéndole la aún más hermosa de hijo de Dios que restablece al “hombre nuevo” en la rectitud del juicio moral (Col 3,10+) y le concede el derecho a la gloria que el pecado le había

¹⁵ Cfr. *Textos Patrísticos, LA TRINIDAD en los Padres de la Iglesia*, Edición preparada por Guillermo Pons, Editorial Ciudad Nueva, Madrid, 1999) pg. 117/118.

¹⁶ Cf. Agustín, *La Trinidad*, XV, 23,44: BAC 39,735

hecho perder (Rm 3,23+). Y esta gloria que el hijo posee en propiedad como Imagen de Dios (2 Co 4,4), penetra más y más en el cristiano (2 Co 3,18), hasta el día en que su mismo cuerpo se revestirá de ella a imagen del hombre “celeste” (1 Co 15,49)¹⁷. Porque, “[p]or lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues Dios predestinó a reproducir la imagen de su Hijo a los que conoció de antemano, para que así fuera su Hijo el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los hizo justos; y a los que hizo justos, también los glorificó.” (Rm 8,28-30). Así, Dios todo lo ha ordenado a la gloria que tiene destinada para sus elegidos; y en orden a esa gloria son llamados a la fe y justificados por el bautismo, y de ella se hallan ya revestidos anticipadamente¹⁸.

En efecto, el modo normal de ser del hombre es ser iluminado, poseer de modo íntimo en su corazón una actualidad, que es ser, verdad y bien participados. Tanto que la ley natural está inscrita en el corazón del hombre, que es radicalmente memoria del ser, de la verdad y del bien. Y en cuanto este ser, verdad y bien son participados, la luz natural y la ley natural, que son el *esplendor de la verdad*, dependen radicalmente del mismo Ser, Bien y Verdad subsistente. Por lo cual, reconocer la ley natural es ordenar nuestro transcurso vital natural, al mismo tiempo que reconocer nuestra constitución más íntima, casi como recordar nuestro origen en Dios. Y de aquí el anhelo por volver a Él de un modo más pleno, pues: «Vivir en el cielo es “estar con Cristo” (cf. Jn, 14,3; Flp 1,23; 1 Ts 4,17). Y los elegidos viven “en El”; aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre (cf. Ap 2,17); porque la vida es estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el reino (San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, 10,121: PL 15,1834A).»¹⁹. Pero «este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. De modo que la *Escritura* nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso: “Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (1 Co 2,9).»²⁰.

Alejandro Bentivegna Saenz

¹⁷ Cfr. nota al versículo 29, BdJ, Ed Es 1998.

¹⁸ Cfr. nota al versículo 30 de Rm 8, *Ibíd.*

¹⁹ Cfr. CIC: 1025

²⁰ Cfr. CIC -Catecismo de la Iglesia Católica-; parágrafo 1027.